

Capítulo 4 - El Dragón Habla con un Árbol - La Balada de un Dragón Semibenigno

- Capítulo 4 - El Dragón Habla con un Árbol - La Balada de un Dragón Semibenigno

Capítulo 4 - El Dragón Habla con un Árbol - La Balada de un Dragón Semibenigno

"¿Alguna señal del capitán Evans?" preguntó Callan. Él y Jarod habían venido de pueblos vecinos, por lo que siempre habían estado juntos durante sus días de entrenamiento. Ninguno era de noble cuna, por eso a menudo se enfrentaban a los hijos de nobles ansiosos por devolver la humildad a dos campesinos. Sin embargo, demostraron su valía al final. Jarod había conseguido la favor del rey y se había convertido en uno de los caballeros más famosos del reino. Callan no alcanzó tanta gloria, pero su puesto como capitán de una fortaleza en la frontera resultaba mucho mejor que su destino como tercer hijo de un campesino. El soldado encargado de vigilar las tierras al este negó con la cabeza. "No hay señales, capitán." "Entiendo." Callan frunció el ceño. Jarod ya debería estar de regreso con sus hombres, y él debía haber enviado un haz de luz como señal. "Tienen mucho territorio que recorrer", dijo el soldado. "Quizá simplemente les esté tomando más tiempo del esperado." "Aja." Callan asintió más para sí mismo que para el otro hombre. "Eso debe ser." No le agradaba el plan de atacar las aldeas en territorio del dragón. Solo despertaba una vez cada siglo, por lo que todavía tendrían unos veinticinco años antes de que la bestia se manifestara. Se suponía que el rey tenía un plan para enfrentarse a la criatura en caso de que apareciera, pero Callan no confiaba tanto en los rumores sobre su tamaño como otros. ¿Un dragón de una milla de largo? Eso parecía una locura, aunque las historias a lo largo de los siglos habían sido inusualmente coherentes en ese aspecto. Tal vez todos sus antepasados habían sido tontos, con una fe excesiva en el poder del reptil, pero dudaba que todos hubieran sido ciegos. Una sombra se cernió sobre ellos. Callan y el soldado miraron hacia arriba, y la boca del capitán se secó. Brillando como una nube de rubíes y zafiros en la plateada luz de la luna, un dragón se alzaba ante ellos.

Normalmente, la avanzada bullía de actividad, incluso a estas horas de la noche. Ahora, nadie, ni persona ni animal, osaba moverse o emitir sonido alguno. Los wyverns que los exploradores utilizaban para patrullar el crudo y escarpado terreno al norte y al sur tenían la cabeza pegada al suelo y las alas plegadas en señal de reverencia. Callan había montado en wyvern en combate. Incluso había visto un dragón desde lejos. Su wyvern no se había arrodillado entonces; ansioso por la batalla, quería demostrar que merecía su lugar en el cielo. Pero esta vez no. Frente a un dragón de una milla de largo, los wyverns solo podían rendir homenaje y esperar que el dragón no decidiera aniquilarlos por la osadía de volar en su cielo. "Capitán..." El soldado tragó con dificultad. "¿Deberíamos enviar a los jinetes de wyvern, arqueros y magos?" Callan lo miró fijamente. "¿Estás loco? ¿Qué podrían hacer contra una criatura de ese tamaño? Y mira los wyverns. ¿Crees que alguno de ellos se atrevería a levantar vuelo cuando esa cosa todavía esté en el aire?" Sus manos apretaron los puños. Si el dragón había cruzado la frontera, probablemente Jarod ya estaría muerto, junto con todas sus tropas. "Envía un mensaje a la capital con el cristal de comunicación.

Debemos advertirles." El cristal de comunicación era uno de los tesoros de la avanzada. Alcanzaba a cubrir la distancia hasta la capital, aunque la magia que lo sustentaba era demasiado delicada para sacarlo del puesto de avanzada. En su lugar, debía guardarse en una habitación especial donde magos y artificieros especializados dedicaban gran parte de su tiempo a asegurarse de que estuviera en perfecto estado. Si Doomwing lo hubiera sabido, se habría divertido mucho. Imagínate, dedicar tanto tiempo a un cristal que utilizaba un hechizo de quinto orden. ¡Qué risible! Los capitanes de la Sexta Era llevaban colgantes de alcance mucho mayor y con una fiabilidad superior. Elerion incluso había recibido uno de su hija, que le permitía comunicarse con ella aunque él estuviera al otro lado del continente.

Doomwing sentía la tentación de arrasar con cada uno de los puestos fronterizos y reducirlos a escombros. Pero si pensaba coronarse emperador, pronto esos puestos serían suyos. No había razón alguna para quemarlos, a menos que los habitantes de allí fueran lo suficientemente tontos como para desafiarlo. Hasta ese momento, todos ellos habían realizado las peores imitaciones de topos, ocultándose en sus pequeñas construcciones y esperando que no los detectara. También había topado con una patrulla de jinetes de wyverns. Tres de las cuatro bestias actuaron con inteligencia y se refugiaron de inmediato, bajando la cabeza en señal de respeto, como era correcto para las criaturas de su especie. Siempre había encontrado divertidas a las wyverns, con esa mezcla de rasgos reptilianos y aviares. A diferencia de los dracos, sin embargo, ellas sabían bien su lugar en la cadena alimenticia y no dudaban en reconocer a sus superiores. Perdí la cuenta de cuántos dracos habían intentado desafiarlo. Esas lagartijas arrogantes creían que podrían vencerlo si aumentaban su número. Claro que no tenían ninguna posibilidad; era matemática básica. Mil por cero seguía siendo cero. Sin embargo, los dracos eran sabrosos. Ah, cuánto daría por que una buena pareja de dracos marinos apareciera y le pidiera pelea. Sería ideal para cenar. Tenían un sabor salino delicioso que les faltaba a los otros dracos, y sus escamas estaban crujientes y perfectas. En fin. Quizá visitaría la costa más tarde. Seguramente allí habría unos cuantos dracos tontos a los que podría comer. La cuarta y última wyvern fue la única que se atrevió a desafiarlo. Para horror de su jinete, la bestia dejó escapar un agudo y penetrante grito y se lanzó hacia él. La criatura era valiente, aunque increíblemente tonta. Doomwing sonrió y abrió su boca. ¿Para qué buscar un festín cuando un festín venía hacia él? Un momento después, sus mandíbulas se cerraron con fuerza, aplastando tanto a la wyvern como a su jinete. Como todos los dragones, Doomwing devoraba no solo carne, sino también metal. La wyvern y su jinete apenas constituían una mordida, y los restos de los metales que hacían las veces de armadura y armas eran insípidos y sin gracia. Acero común, con un toque de magia, nada por encima del segundo orden. Mientras seguía su camino hacia donde las memorias de Jarod señalaban la capital, Doomwing sintió una chispa familiar de poder. Rugió en voz baja y decidió cambiar de rumbo. La capital seguiría allí más tarde, y ese poder podría ser de utilidad para los agricultores de su territorio. Se volvió al sur y aterrizó fuera de un complejo de edificios abandonados. A simple vista, parecía que habían sido dejado a su suerte, en ruinas, sin haber recibido cuidado en al menos varios siglos. El poder que percibía estaba más adentro, y simplemente avanzó, destrozando con su fuerza las estructuras en ruinas hasta llegar al sanctasanctórum del lugar. Allí, envuelta en una tenue luz esmeralda, se alzaba un árbol. Era un árbol grande, alto y robusto, rebosante de vida. Familias de mapaches testarudos lo miraban con reproche, y grupos de ardillas se acercaban para agitar sus pequeñas patas en señal de saludo. Doomwing soltó una carcajada. Qué divertido. Los mapaches y ardillas de esa época mostraban más valentía que los humanos. Elerion se habría reído hasta apenas poder respirar. La luz esmeralda que rodeaba al árbol formó ante él una figura humanoide. —Ha pasado mucho tiempo desde que encontré a una hija de la Madre Árbol— r

rumoreó Doomwing. La duhrada lomiró fijamente. Un humano podría haberse perdido en su vista, pero él podía notar las pequeñas señales de temor que ella no lograba controlar, y percibir el terror casi a flor de piel que emanaba. Sin embargo, allí permanecía, decidida a pesar de la evidente disparidad de poderes, más preocupada por lo que él pudiera hacerle a los animales que vivían en sus ramas que por la facilidad con la que podía aniquilarla. Eso merecía su admiración, y, sin más, se acomodó sobre sus patas traseras, dejando de ser una presencia imponente para convertirse en un ser relajado. Ella se relajó muy levemente y aclaró su garganta. Como la mayoría de su especie, su piel era una amalgama de verdes y marrones, y sus ojos le recordaban la savia fresca extraída de los arces del norte. —¿Qué buscas conmigo, dragón?— preguntó la duhrada. —Tengo curiosidad por saber cómo llegaste a las tierras humanas— respondió Doomwing. —No eres una simple duhrada. Eres una hija de la Madre Árbol, y nunca he visto a alguien como tú fuera de las tierras de los elfos. —¿Qué sabes de la Madre Árbol?— cuestionó la duhrada. —Sé mucho—. por unos instantes, Doomwing quedó sumido en sus recuerdos. —Jugaba en sus ramas cuando era una cría, y aún entonces, su altura parecía sostener las estrellas y acunar al sol y a la luna. Ella me regaló frutos de sus ramas y acarició mis escamas cuando estaba cansado y mis padres estaban lejos. La conocí, pequeña brotada, y estuve allí cuando falleció. —¡Al fuego del dragón!— siseó la duhrada. —¡Reducida a cenizas por tu raza!— lágrimas le nublaron los ojos, y bailaron por sus mejillas en largos ríos de viridian. —Eso sé, aunque la semilla que me dio vida dormía durante mucho tiempo, solo despertando cuando el canto de la Sexta Catástrofe quedó en silencio. Pero sus recuerdos están en mí, transmitidos como a todas sus hijas—. Quedó en silencio por un largo rato. No veía a la duhrada, sino a su madre. La veía insistiendo en que tenía razón hasta el último momento, suplicándole que intentara entender, que viera que todo sería mejor si él y los otros dragones dejaban de pelear y aceptaban sus planes. Ella había expresado esas palabras desde lo alto de una montaña de elfos muertos, los habitantes del bosque tan devotos a ella que no retrocedieron ni ante el fuego de dragón; en cambio, eligieron enfrentarse a un ejército de libres en una batalla que devastó su antiguo y glorioso imperio, reduciéndolo a cenizas y ruinas. Y aún, en esa noche final, los elfos continuaron peleando. Murieron en cantidades tan enormes que, incluso en el fin de la Sexta Edad, no lograban recuperarse del todo. Pero fueron gloriosos. Eso le concedería. Nunca antes, ni después, ninguna lluvia amenazó con perforar sus escamas, pero las flechas de los elfos eran muchas, y la magia que las sustentaba era espléndida. También mataron dragones en tiempos en que estos aún eran poderosos, y no dieron la espalda, sin importar cuán desesperada fuera la batalla. La Madre Árbol era su hogar ancestral, y ella había cuidado y alimentado a todos sus hijos durante toda su existencia. Morir y defenderla era un honor, y Doomwing lo había otorgado a muchos ese día sombrío. Pero luego, la Madre Árbol ardió: fue chamuscada con fuego de dragón, desgarrada y dispersada por magia en la tormenta de cenizas y briznas de carbón. En sus últimos momentos, liberó sus semillas, y aquellos pocos elfos que no estaban encargados de defenderla, tomaron esas semillas y huyeron. De ellas, nacieron los grandes bosques de las eras venideras, y los elfos reconstruyeron sus vidas alrededor de ellos. Intentó hablar con algunos, pero conocían su rostro y su fuego, y no quisieron escuchar. Pero no era un bruto sin sentido. Mientras los elfos no siguieran la senda de su madre, no tenían motivo alguno para temerle. Y todavía podía recordar los días en que los árboles más antiguos le ofrecían frutos y acariciaban sus escamas. Sus padres le habían enseñado todo lo que un dragón debía saber, pero ellos no conocían la misericordia ni el consuelo, ni cien otras cosas. Eran debilidades, y un dragón debía ser fuerte. No había aprendido esas cosas de la Madre Árbol. Era demasiado joven entonces, demasiado anclado en sus costumbres. Pero ella se las mostró igualmente; de no haber sido así, quizás nunca las habría aprendido. —¿Me reducirás a cenizas como a mi madre?— preguntó la duhrada. —Solo si tienes una buena razón—. contestó Doomwing. —Habla. ¿Cómo llegaste aquí? —No lo sé. Creo que

mi semilla fue llevada por los elfos, pero algun desdén los alcanzó. Sin embargo, fue el destino quien me guió a manos dignas. Mi semilla fue encontrada por el rey Altarius poco después de que la Sexta Catástrofe quedara en silencio. Reconoció lo que yo era y me trajo hasta aquí—. La duhrada quedó con la vista perdida. —En aquel entonces, dragón, había campos aquí, campos hasta donde alcanzaba la vista. La gente era feliz, y la tierra, fértil—. —Ya no hay campos, solo maleza—, respondió Doomwing—. La tierra está seca y sin vida. ¿Qué ocurrió? —Altarius fue un buen rey—, dijo la duhrada—. Y su hijo, también. Pero el siguiente fue mediocre y el siguiente peor. Los campos ya no producían suficiente. Querían más, y buscaron usar una magia olvidada para potenciar sus cosechas más allá de lo que yo podía lograr. Los advertí de ello. Cuando los campos murieron y la tierra se convirtió en polvo, me maldijeron y abandonaron este lugar en ruinas. Creo que querían quemarme, pero me temieron demasiado para hacerlo—. —Claramente, no siguieron tus consejos—. —Y ahora, aquí solo crecen malezas—. La duhrada miró a los animales en su árbol. —Antes, había muchos. Solo quedan estos, y no sé cuánto podrá sostenerlos. La tierra ya no está adecuada para criaturas como yo—. —¿El rey que te encontró, ese Altarius, era su padre?— preguntó Doomwing, sabiendo ya la respuesta, pero ansiando confirmarla. —Su padre fue el último Alto Rey, Elerion el Valiente, o eso dicen—. —Entiendo—. Doomwing conocía a Altarius. Era un hombre justo, con un hijo muy querido. Elerion amaba a todos sus hijos, pero Altarius ocupaba un lugar especial en su corazón. El muchacho nació enfermizo, pero logró sobrevivir y prosperar, convirtiéndose en un hijo del que cualquier hombre se sentiría orgulloso. Era reconfortante saber que había sido un buen rey, aunque sus descendientes dejaban mucho que desear. —Entonces, ¿los reyes de esta tierra son sus descendientes?—. —Sí—. —¿Todos son tontos?—. —¿La sangre del Alto Rey se ha vuelto tan fina que ninguno de ellos merece el título de rey?—. —El actual rey es un idiota, o eso dicen las aves que me visitan. Pero se dice que tiene un hermano más sabio, y es él quien ha mantenido al reino lejos del peso de sus ambiciones. También dicen que la hija mayor del rey es más parecida a sus antepasados que a su padre, así que quizás todavía haya esperanza para este reino—. La ira de la duhrada parecía haberse apagado, como las brasas de una hoguera preparadas para una larga noche. —¿Qué harás ahora, dragón?—. —Ahora... te hago una oferta—. Doomwing se levantó sobre sus patas traseras. —Tu madre fue mi amiga, a pesar de que ella misma intentó enfrentarse a mí. Si te quedas aquí, morirás. Quizás no en un siglo, quizás no en dos, pero morirás. La magia que intentaron usar ha envenenado este lugar, y no tienes la habilidad ni el poder para deshacerla. Si fueras mayor, quizás—, extendió sus alas como si cargara todo el peso del cielo. —¿Quieres volver a estar en campos, duhrada?—. —Sí, me gustaría, dragón. Pero, ¿tienes alguno a mano?—. —Muchos—, respondió Doomwing—. Y los cuidan buenas personas. Si quieres, te llevaré a las tierras que he reclamado. Te plantaré en suelo fértil, y volverás a estar en campos. La gente allí son sencillos campesinos y agricultores. No tienen las manos codiciosas ni avariciosas de reyes indignos. Apreciarán tus dones y te protegerán—. —¿Cómo puedo confiar en ti?—, preguntó la duhrada en voz baja—. —Mataste a mi madre. Tú podrías matarme con un pensamiento—. Doomwing inspiró hondo. —¿De qué necesidades carezco para usar trucos mezquinos y engaños? Soy Doomwing, un dragón de la Primera Edad. No soy como los dragones débiles y cobardes de las Era posteriores. Soy lo que los dragones estaban destinados a ser, y mis palabras son verdad. No juro sin pensarlo, pero no rompo los juramentos que hago. Si me ayudas en mis tareas y sirves a quienes me sirven, mis garras, dientes y fuego te protegerán—. Bajó la voz. —Tu madre fue amable conmigo, y pocos hay que ofrezcan esa bondad a los dragones. Quiero devolver esa amabilidad, al menos en esta pequeña forma—. —¿Cómo... cómo me llevarías a tus tierras?—. Doomwing rio con entusiasmo. —Soy de un milla de largo, duhrada, y manejo magia que los torpes conjuradores de esta época ni siquiera pueden entender. Transportarte a mis tierras sin problema será sencillo—. —¿Y a ellas?—. La duhrada miró de nuevo hacia los animales en sus

ramas. —Mi protección también se extenderá a quienes confían en ti—. —Entonces...—. La duhrada respiró profundo. —Prometeré un juramento a ti—. —Bien—. Doomwing hizo una pausa, surgió una idea en su mente. —¿Cuál es tu nombre, duhrada?—. —¿Ahora solo preguntas eso?—. Ella se rió. —Soy Daphne. Mi nombre es Daphne.